

## CAPITULO XXIX

\* Manda Velazquez á Narvaez que vaya á la provincia de Camagüey, en cuya expedicion le acompaña las Casas.—Llegan á la provincia de Cueyba.—De la gran devocion que el Cacique de aquella provincia tenia á la imagen que Hojeda le dejó, huyéndose por no trocarla.—De las disposiciones tomadas en favor de los indios por consejo de las Casas, quien cobró entre ellos mucha estima y crédito.—Llegan al pueblo del Caonáo en la provincia de Camagüey.—De la espantosa matanza que sin motivo ni pretexto ejecutaron los españoles en el Caonáo, sin que las Casas pudiera impedirlo.

Restituida la dicha provincia del Bayámo en sus naturales vecinos, y estando seguros en sus casas, aunque no mucho la quietud y seguridad y aun la vida le duró, avisado de todo Diego Velazquez envió á mandar á Pánfilo de Narvaez, que con la gente que habia ido tras los huidos, y con los que él habia dejado con Grijalva, que todos serian cien hombres, fuese á la provincia de Camagüey, y por la isla adelante, asegurándolas, que fuese aquel padre clérigo Bartolomé de las Casas con él, y creo que le escribió á él que lo hiciese. Llegaron á la provincia ó pueblo de Cueyba, que estaba en el camino, ántes de Camagüey, 30 leguas del Bayámo, donde Alonso de Hojeda y los que con él padecieron aquellos grandes trabajos de la ciénaga, hobo aportado y salvádose, y donde Hojeda dejó la imagen de Nuestra Señora, muy devota, como se refirió en el libro precedente, cap. 60; y porque los españoles que habian visto la imagen dicha, porque iban allí algunos de los que con Hojeda en la ciénaga se habian hallado, y los que habian con el susodicho alcance de la gente del Bayámo, loaban mucho la imagen al dicho Padre, y él llevaba otra de Flandes, tambien devota, pero no tanto, pensó en trocalle con voluntad del Cacique ó señor del pueblo. Después de muy buen rescibimiento que los indios hicieron á los españoles, y ofrecida mucha comida, y los niños bautizados, que era lo primero que trabajaba hacerse, y todos aposentados, comenzó á tractar el Padre con el Cacique, que trocasen las imágenes; el Cacique que luego se paró mustio y disimuló cuanto mejor pudo, y viniendo la noche, toma su imagen y váse á los montes con ella, y á otros pueblos distantes. Otro dia, que-

riendo el Padre decir misa en la iglesia, que tenían los indios muy adornada con cosas hechas de algodón, y un altar donde tenían la imagen, enviando á llamar al Cacique para que oyese la misa, respondieron los indios que su señor se habia ido y llevado la imagen por miedo que no se la tomase el Padre; harto pesar rescibió el Padre y todos los españoles, temiendo que la gente que hallaron quieta y pacífica no se alborotase, y aun dudando no quisiesen quizá hacer, á los españoles y al Padre, guerra por defension de su imagen; proveyó el Padre que fuesen mensajeros al Cacique, significándole y certificándole que no queria su imagen, ántes le daría la que traía graciosamente y de valde; como quiera que ello fué, nunca quiso parecer el Cacique, hasta que los españoles se fueron, por la seguridad de su imagen. Era maravilla la devocion que todos tenían, el señor y súbditos, con Sancta María y su imagen. Tenian compuestas como coplas sus motetes y cosas en loor de Nuestra Señora, que en sus bailes y danzas, que llamaban areitos, cantaban, dulces, á los oídos bien sonantes; finalmente, lo mejor que se pudo hacer, dejados los indios contentos y pacíficos como los hallaron, se partieron los españoles para ir adelante.

Entraron en la provincia de Camagüey, que es grande y de mucha vecindad de gente, que estaria de la de Cueyba 20 leguas ó más, los vecinos de la cual, en los pueblos donde llegaron los españoles, tenían de la comida, pan cazabí, é de la caza que llamaban guaminiquinajes, aparejado segun ellos podian, y pescado tambien, si lo alcanzaban. El clérigo Casas, luego, en llegando al pueblo, hacia juntar á todos los niños chiquitos, y tomaba dos ó tres españoles que le ayudasen, con algunos indios desta isla Española, ladinos, que consigo llevaba y alguno que habia criado, bautizaba los niños que en el pueblo se hallaban. Así hizo en toda la isla de allí adelante, y fueron muchos á los que Dios proveyó de su Sancto bautismo, porque los tenia para su gloria predestinados, y proveyólo al tiempo que convenia, porque ninguno ó casi ninguno de aquellos niños quedó vivo desde á pocos meses, como abajo será, Dios queriendo, declarado. Y porque los españoles llegando al pueblo, hallando los indios en sus casas pacíficos, no cesaban de les hacer agravios y escandalizallos, tomándoles esa laceria que tenían, no contentándose con lo que de su

voluntad los indios daban, y algunos, pasando más adelante, andaban tras las mujeres y las hijas, porque ésta es y ha sido siempre la ordinaria y comun costumbre de los españoles en estas Indias, ordenó el capitán Narvaez, por persuasión del dicho Padre, que despues que el dicho Padre hobiese apartado todos los vecinos del pueblo á la mitad de las casas dél, dejando la otra mitad vacía para el aposento de los españoles, ninguno fuese osado de ir á la parte del pueblo donde los indios estaban recogidos y allegados; para lo cual se iba delante con tres ó cuatro hombres el Padre, y llegado al pueblo, cuando la gente llegaba ya tenia los indios á una parte del pueblo recogidos, y la otra parte desembarazada. Por esta via, y porque vian los indios que el Padre hacia por ellos defendiéndolos y halagándolos, y tambien bautizando los niños, en lo cual les parecia que tenia mas imperio y auctoridad que los demas, cobró mucha estima y crédito en toda la isla para con los indios, allende que, como á sus sacerdotes ó hechiceros, ó profetas, ó médicos, que todo era uno, lo reverenciaban; por este crédito y auctoridad que habia entre ellos cobrado no era menester ir delante, sino enviar un indio con un papel viejo, puesto en una vara, enviándoles á decir con el mensajero que aquellas cartas decian ésto y ésto, conviene á saber, que estuviesen todos quietos y ninguno se absentase porque no se les haria mal ni daño, y que tuviesen de comer aparejado para los cristianos, y los niños para bautizar, ó que se recogiesen á una parte del pueblo, y todo lo que parecia envialles á avisar, y que si no lo hacian, que se enojaria el Padre, y ésta era la mayor amenaza que les podia enviar. Ellos lo hacian todo de muy buena voluntad, segun su posibilidad, y era grande la reverencia y temor que tenían á las cartas, porque vian que por ellas se sabia lo que se hacia en otras partes absentes; parecíanles más que milagro, y así mucho dellas se maravillaban.

Pasaron así algunos pueblos de aquella provincia por el camino que llevaban, y porque la gente de los pueblos que estaban á los lados del camino, curiosa de ver gente tan nueva, y en especial por tres ó cuatro yeguas que allí se llevaban, de que la tierra estaba espantada, y las nuevas dellas por toda la isla volaban, llegaronse muchos á verlas en un pueblo grande llamado el Caonáo, la penúltima lengua, y el dia

que los españoles llegaron al pueblo, en la mañana paráronse á almorzar en un arroyo seco, aunque algunos charquillos tenia de agua, el cual estaba lleno de piedras amoladeras, y antojóseles á todos de afilar en ellas sus espadas; y acabado su almuerzo, danse á andar su camino del Caonáo. En el camino habia dos ó tres leguas de un llano sin agua, donde se vieron de sed en algun trabajo, y allí trujeron algunos indios de los pueblos algunas calabazas con agua y algunas cosas de comer. Llegaron al pueblo Caonáo á hora de vísperas, donde se halló mucha gente que tenían aparejada mucha comida del pan cazabí é de mucho pescado, porque tenían junto un gran rio y tambien cerca la mar. Estaban en una plazuela, obra de 2,000 indios todos sentados en cecillias, porque así lo tienen todos de costumbre, mirando las yeguas pasmados. Habia junto un gran bohío ó casa grande, donde estaban mas de otros 500 indios metidos, amedrentados, que no osaban salir; é cuando algunos de los indios domésticos que los españoles por sirvientes llevaban (que eran mas de 1,000 ánimas, porque siempre andan desta manera y con grande compañía, y otros muchos que traian de mas de 50 leguas, y otros de los mismos de Cuba naturales), si querian entrar en la casa grande, tenían aparejadas allí gallinas, y decíanles: "toma, no entres acá;" porque ya sabian que los indios que servian á los españoles, no suelen hacer otras obras sino las de sus amos.

Habia costumbre entre los españoles, que uno que el Capitan señalaba tuviese cargo de repartir la comida y otras cosas que los indios daban á cada uno de los españoles, segun era su parte, y estando así el Capitan en su yegua, y los demas en las sayas á caballo, y el mismo Padre mirando cómo se repartia el pan y pescado, súbitamente sacó un español su espada, en quien se creyó que se le revistió el diablo, y luego todos ciento su espadas, y comienzan á desbarrigar y acuchillar y matar de aquellas ovejas y corderos, hombres y mujeres, niños y viejos, que estaban sentados, descuidados, mirando las yeguas y los españoles, pasmados, y dentro de dos credos no queda hombre vivo de todos cuantos allí estaban. Entran en la gran casa, que junto estaba, porque á la puerta della ésto pasaba, y comienzan lo mismo á matar á cuchilladas cuantos allí hallaron, que iba el arroyo, de sangre, co-

mo si hubieran matado muchas vacas; algunos de los indios que allí pudieron darse priesa, subieron por las varas y el enmaderamiento de la casa en lo alto y así escaparon. El clérigo se había, un poco antes desta matanza, apartado de donde se hizo á otra plazuela del pueblo, junto allí, donde lo habían aposentado, y era una casa grande, en que también se habían de aposentar todos, y allí estaban obra de 40 indios de los que habían traído las cargas de los españoles de las provincias de atrás, tendidos en el suelo descansando; y aconteció estar con el clérigo cinco españoles, los cuales, como oyeron los golpes de las espadas y que mataban, sin ver nada, porque había ciertas cascas delante, echán mano á las espadas y van á matar los 40 indios que, de sus cargas y hatos venían molidos y descansaban, para les pagar el corretaje. El clérigo, movido á ira, vá contra ellos reprendiéndolos ásperamente á estorbarlos, y ellos que le tenían alguna reverencia cesaron de lo que iban á hacer, y así quedaron vivos los 40, y váanse á matar los cinco á donde los otros mataban; y como el clérigo se detuvo en estorbar la muerte á los 40 que habían venido cargados, cuando fué, halló hechas una parva de muertos que habían hecho en ellos, que era cosa, cierto, de espanto. Como lo vió Narvaez, el capitán, díjole: "¿qué parece á vuestra merced estos españoles, que han hecho?" Respondió el clérigo, viendo ante sí tantos hechos pedazos, de caso tan cruel muy turbado: "que os ofrezco á vos y á al diablo." Estaba el desconfiado Narvaez siempre viendo hacer la matanza, sin decir, ni hacer, ni moverse más que si fuera un mármol, porque si él quisiera, estando á caballo, y una lanza en las manos, como estaba, pudiera estorbar los españoles que diez personas no mataban. Entonces dejólo el clérigo, y andaba de aquí para allí, por unas arboledas, buscando españoles, que no matasen, porque andaban por las arboledas buscando á quien matar, y á chico, niño, ni á mujer, ni viejo perdonaban; y más hicieron, que se fueron ciertos españoles al camino del río, que estaba junto, y todos los indios que se escapaban con heridas y cuchilladas y estocadas, que podían huir, para irse á echar al río por salvarse, hallaban á aquellos que los acababan. Acaeció más otra crueldad, no digna de ser llamada, para que se vea las obras de nuestros cristianos en estas partes: que entrando el clérigo en la casa grande,

donde dije que estaban obra de 500 ánimas, ó las que había, que eran muchas, y muertos los que en ella estaban, espantado, y los que por las varas arriba ó enmaderamiento que habían escapado, díjoles: "no más, no más, no hayáis miedo, no habrá más, no habrá más."

Con esta seguridad, creyendo que así fuera, descendió un indio, harto bien dispuesto, mancebo de 25 ó 30 años, llorando, y como el clérigo no traía reposo, por ir á todas partes á estorbar que no matasen, salióse luego de la casa; y así como el mancebo descendió, un español que allí estaba, sacó un alfanje, ó media espada, y dale una cuchillada por los hijares que le echa las tripas de fuera, como si no hiciera nada. El indio, triste, toma sus tripas en las manos, y sale huyendo de la casa; topa con el clérigo y cognoscíolo, y dícele allí algunas cosas de la fe, según que el tiempo y angustia lugar daba, mostrándole que si quería ser bautizado, iría al cielo á vivir con Dios; el triste, llorando y haciendo sentimiento como si ardiera en unas llamas, dijo que sí, é con esto le bautizó, cayendo muerto en el suelo, remitiendo lo demás á la misericordia de aquel que lo había criado, y vía la injusticia con que aquel y los demás eran tan cruelmente lastimados. Vase luego á la casa el clérigo y halló al infelice hombre que lo había destripado, y con grande impaciencia y turbación, poco ménos hizo con él que lo que debiera de hacer su desconfiado capitán Narvaez, y aquel fué uno de los flecheros que trujo consigo Narvaez, que en Jamáica se debía de haber en estas obras ejercitado. Ver las heridas que muchos tenían de los muertos, y otros que aun no habían espirado, fué una cosa de grima y espanto, que como el diablo, que los guiaba, les deparó aquellas piedras de amolar, en que afilaron las espadas aquel día de mañana, en el arroyo donde almorzaron, donde quiera que daban el golpe, en aquellos cuerpos desnudos, en cueros y delicados, abrían por medio todo el hombre de una cuchillada.

Entre otros heridos, hubo uno, y áun dijéron que era hermano del Rey é señor de aquella provincia, viejo, bien alto de cuerpo, y que en su aspecto parecía señor, que de una cuchillada que le dieron en el hombro derecho (debiáale de acertar en la coyuntura), le derrocaron todo el lado hasta la cinta, de manera que, estando sentado en el suelo, tenía en tierra caído todo el lado, y el asadura y tripas, y cuanto hay en

lo hueco se le parecía, como si estuviera en una escarpia colgado; y fué cosa de mucho notar, el sujeto y complisión natural que aquel hombre tuvo, porque siendo herido el sábado, cuando se celebró esta matanza, estuvo hasta otro sábado sentado en tierra, como dije, con su lado caído, sin comer, salvo beber cada momento por la sequedad que causa la sangre, y en este estado, vivo, los españoles que se partieron el siguiente sábado, lo dejaron. Quedó mucha lástima en el clérigo, por no habello, como á otros muchos, curado con cierta manteca de tortuga, quemándoles las heridas, de que en aquellos ocho días se pudieron curar, y quedaban los que no tenían estocadas casi sanos, y aquel no curó por ser la herida tan extraña y mortal; creyóse que si le juntaran todo el lado, cosiéndosele con una aguja grande, ó almarada, según la complisión tan buena que pareció tener, quizá sanara. Finalmente, no se supo más dél, y no parecía ser posible dello escapar. De todo lo dicho yo soy testigo, que lo ví y estuve presente, y dejó de decir muchas otras particularidades por abreviar.

### CAPÍTULO XXX.

De los útiles pretextos que se asignaron á la matanza del Caonao.—Del espanto que aquel suceso extendió en toda la comarca.—Se sitúan los españoles en una gran roza.—De cómo tornan á sus pueblos muchos indios fiados en el buen tratamiento que les hacía las Casas.

Preguntado fué quién fué el primero que sacó el espada, y por qué se movió á comenzar tan gran estrago, pero encubrióse y disimulóse la persona de quien se sospechó ó se supo; y si fué aquel que se creyó, sépase que hobo despues tan desastrado fin, cuanto muchos otros que semejantes virtudes en estas Indias han obrado. La causa se platicó diciendo, que habían visto indios que se cebaban á ver las yeguas, demás de los que estaban, y que era mala señal que nos querían matar; y porque algunos traían unas alguiraldas de unos pescadillos, y de los que se llaman agujas, puestas en las cabezas, decían, que para darlas con las cabezas y abrazarse luego con los españoles, y con unas cuerdas que algunos traían ceñidas, como suelen, atarlos. Y es verdad,

que ni arco, ni flecha, ni palo, ni cosa que supiese á arma de indios, jamás se vió ni sospechó que trujesen, ni hobiese en casa del pueblo, ni en el monte, sino todos desnudos (como dije), sentados en cocillitas, de la manera de unos corderos, estaban, y de mirar las yeguas, que no se hartaban, pasados; y es también verdad, que si sobre 2.000 indios, que allí pareció que había, hobiera otros 10.000, sólo Narvaez, con su yegua, á todos los matara, como pareció en los indios de Bayamo, cuanto más estando con él otros tres ó cuatro á caballo, con sus lanzas y adargas en las manos. La causa no fué otra, sino su costumbre, que siempre tuvieron en esta isla Española, y pasaron á la de Cuba para ejercerla, de no se hallar sin derramar sangre humana, porque sin duda eran regidos y guiados siempre por el diablo. Sabida esta matanza por toda la provincia, no quedó manante ni piante, que dejados sus pueblos, no se fuese huyendo á la mar, y á meterse en las isletas, que por aquella costa del Sur hay infinitas, que dijimos haberles puesto nombre el Jardín de la Reina, el Almirante, y tanto miedo cayó en ellos, y con tan justa razón, que no sólo esconderse quisieran en las isletas, pero, si pudieran, debajo de las aguas, por huir de gente que con tanta razón juzgaban por crudelísima é más que inhumana.

Salidos los españoles del pueblo, que dejaron tan sangriento, y bañado en sangre humana, llamado el Caonao, asentaron real en una roza grande, donde había mucha de la yuca para hacer el pan cazabi; hechas su choza cada uno, con las personas, hombres y mujeres que llevaban, porque ninguno, ó pocos, traían consigo ménos de ocho ó diez personas, puesto que algunos ménos y otros más, que habían, por grado ó por fuerza, de los pueblos que quedaban atrás tomado, enviaba los hombres por la yuca, y ellas hacían el pan, y los hombres también traían caza y lo demás. Ya se dijo arriba, que el Padre clérigo llevaba consigo, entre otros, no tomados por fuerza, sino que ellos se venían á él de su voluntad, por el buen tractamiento que les hacía y por el crédito que por la isla había cobrado de que los favorecía, y por estar seguros de los españoles y de sus crueldades, llevaba, digo, consigo, un indio viejo y principal de esta isla Española, persona entre indios cuerda y honrada, y éste también era cognoscido por la isla por bueno, y por criado del Padre, al cabo de algunos

días que estaban en aquel monte ó roza los españoles aposentados, vino un indio de hasta veinticinco años, por espía, enviado por las gentes que andaban fuera de sus pueblos, huidas y descarriadas, y vino de derecho á la choza donde los indios del Padre clérigo estaban, y habló con el viejo, que se llamaba Camacho, diciendo quería vivir con el Padre, y que tenía otro hermano, muchacho de quince años ó poco más, que se lo traerá también para que le sirviese. Asegurólo muy bien el viejo Camacho, porque lo sabía muy bien hacer, loándole su propósito, y que el Padre era bueno, y holgaria de recibir por sus criados á él y á su hermano, y que allí estarían, con el mismo viejo y los demás, seguros que ninguno les hiciese mal, etc., etc. Viene luego Camacho al Padre, y dále las buenas nuevas, que por entonces se tenían por tales, porque no se deseaba otra cosa más que haber algún indio de los de la tierra, para lo halagar y enviar por mensajero á los demás desterrados, asegurándoles que se viniesen á sus pueblos y que no recibirían más daño; holgóse mucho el Padre, por el fruto que se esperaba, hace llamar al indio, abrázalo, asegúralo, dícele que lo recibirá con su hermano, por sus criados, y que les hará y contecerá. Pregúntales por la gente demás, dónde está, y si querrá venir á sus pueblos, certificándoles que no se les hará mal ninguno; responde, que sí, é que él traerá los vecinos de un pueblo, que de allí estaba cercano, cuya era la roza donde los españoles estaban aposentados; promete que dentro de ciertos días traerá la gente y á su hermano. Creo que le dió, ó camisa ó algunas cosillas de las que tenía, y el mismo viejo Camacho púsole nombre que se llamase Adrianico, porque tenía en poner nombres, aunque no estuviesen bautizados, gracia; fuése muy contento Adrianico, afirmando que él cumpliría su palabra. Estuvo allí muchos más días de los que dejó asentados, parece que no pudo allegar la gente que andaba desparcada y apartada, en tanto que ya el Padre de su venida desconfiaba, pero Camacho siempre esperaba; estando, pues, muy descuidado el Padre, una tarde, cerca de noche, viene Adrianico con su hermano, y traen consigo creo, que 180 ánimas, hombres y mujeres como unos corderos, con sus carguillas de sus cosillas y pobreza áuestas, y muchos con sartales de muy buenas mojarras para el Padre y para los cristianos. Verlos, por una parte causaban gozo por venir á po-

blar sus casas, que era lo que por entonces se deseaba, y por otra lástima y compasión grande, considerando su mansedumbre, humildad, su pobreza, su trabajo, su escandaloso destierro, su cansancio, que tan sin razón alguna se les había causado, dejado ya aparte, como olvidado, el estrago y mortandad que en sus padres y hijos, y hermanos, y parientes y vecinos, tan cruelmente se había perpetrado; hobo gran regocijo y alegría en el Real, y especialmente Narvaez y el Padre; mostráronles todas muchas señales de paz y amistad, y enviáronse luego á sus casas vacías, que estaban junto, que las poblasen, empero, Adrianico y su hermano, que parecía un ángel, quedáronse con la familia del Padre, y con el viejo Camacho, que la gobernaba, cuyo regocijo y alegría fué más que de otros grande. Venidos éstos á su pueblo y casas, luego se sonó por la provincia como los cristianos no les hacían ya mal, y que se holgaban, que se tornasen todos á poblar, y así lo hicieron, todo perdido el miedo que con tan urgente causa habían cobrado; pero, ¿para qué fin, si pensais, los españoles, de que se viniesen á poblar, todos se regocijaban, y el Padre clérigo, para qué en traellos y asegurarlos tanto trabajaba? cierto, no para otro, al cabo, sino para que, poco á poco, en las minas y en los trabajos los matasen, como finalmente los mataron; puesto que a queste fin no pretendía el Padre, y los españoles no pretendían directamente matarlos, sino servirse dellos como de animales, posponiendo la salud corporal y espiritual de los indios á sus intereses, codicias y ganancias, á lo cual seguíanse la muerte, no era dubitable sino necesario.

## CAPÍTULO XXXI.

\* Llegan los españoles á Carahate.—Consigue las Casas de los indios que entreguen dos mujeres españolas que tenían cautivas.—De cómo habían quedado estas en poder de los indios.—Llegan los españoles á la provincia de la Habana.—Envía las Casas mensajeros á los indios para que fuesen con toda seguridad á ver á los cristianos.—En esta confianza van algunos á quienes hace prender Narvaez.—A fuerza de ruegos y amenazas consigue las Casas que los ponga en libertad.—Llegan los españoles al pueblo en que estaba un cristiano cautivo, el cual es entregado por el Cacique á Narvaez y á las Casas.—De un pan de cera que hallaron en la costa del Sur.

Aquí ó por aquí túvose nueva de indios que lo dijeron, que en la provincia de la Habana, que distaba de aquella cien leguas ó cerca dellas, que los indios tenían entre sí dos mujeres españolas, y un hombre español cristiano, y porque quizá de miedo no los matasen, no aguardó el Padre á llegar allí, sino proveyó luego indios con papeles viejos, como se dijo, por cartas, enviándoles á decir, que luego, vistas aquellas cartas, le enviasen las mujeres y aquel cristiano, si nó que se enojaría mucho si en hacerlo tardasen. Salieron, pues, de aquellos ranchos los españoles para ir adelante, y llegaron á un pueblo que estaba en la ribera de la mar del Norte, y dentro las casas sobre horcones en el agua, (pasados otros), llamado Carahate, la penúltima luenga, al cual puso el Padre Casaharta, porque fué cosa maravillosa la abundancia de comidas de muchas cosas que allí tuvieron, de pan, y caza, y pescado, y sobre todo de papagayos, que, si no me he olvidado, en obra de quince días que allí estuvieron, se comieron más de diez mil papagayos, los más hermosos del mundo, que por alguna manera era lástima matarlos; y éstos tomaban los niños subidos en los árboles, como arriba queda declarado. Algunas veces, todos los españoles en este camino, desde la provincia de Camagüey, navegaron por la mar en cincuenta y más canoas, ó pocas ménos, que no parecían sino una flota de galeras, las cuales los indios de la tierra de buena gana daban; bien creo que por echarnos de su tierra, porque nunca jamás indios, con tener cerca de sí españoles, ganaron nada, sino muchas inquietudes, agravios, sobresaltos, é al ménos in-

tolerables importunidades. Así que, estando muy á sabor del vientre, todos en Carahate ó Casaharta, véese venir una canoa esqui-fada de indios remadores, y viene á desembarcar junto á la posada del Padre que estaba bien dentro del agua, en la cual venían las dos mujeres, desnudas, en cueros, como las parieron sus madres, con ciertas hojas cubiertas solamente las partes que suele siempre cubrir la honestidad humana; la una era de hasta cuarenta años, y la otra de obra de diez y ocho ó veinte cuando más, vellas, no era ménos que si se vieran nuestros primeros padres Adán y Eva cuando estaban en el Paraíso terrenal. Luego el Padre clérigo pidió á los españoles, lo primero, camisas con que se cubrieran las carnes, y despues, de capas y sayas que dieron, se les hicieron faldillas y mantos, como mejor se pudieron remediar; grande alegría causó su venida en todos por vellas salvas y entre cristianos, y ellas no se hartaban de dar gracias por ello á Nuestro Señor. No desde á muchos días, tractó el Padre de casallas, y así se casaron ambas con dos hombres de bien, de los que allí andaban, que se concertaron. Contáronnos como los indios habían muerto á ciertos españoles, con quien ellas venían en aquel puerto, que por este caso se llamó, á lo que creo, de Matanzas, el cual es un pedazo de mar, y queriendo pasar los españoles á la otra parte, metiéronse con los indios en ciertas canoas, y en medio del lago anegáronlas; como sabían pocos nadar se ahogaron, y con los remos los ayudaron á salir de esta vida, solas estas dos mujeres, por ser mujeres, conservaron; siete españoles que supieron nadar salieron á tierra nadando, con sus espadas, que nunca desmampararon, y salidos del agua fueron á un pueblo, y el Cacique ó señor dél, díjoles que dejasen las espadas, dejadas, luego de un grande árbol que se llama ceiba, la á luenga, los mandó ahorcar; bien debía de saber cuánto daño solían hacer en los cuerpos desnudos las espadas. Esto luego parecerá, á los que no consideraren las obras de los españoles desta isla Española, y las nuevas que de aquí y de las islas de los Lucayos á aquella pasaron, y lo que acostumbra á hacer de fuerzas y malos tratamientos, aun donde se hallan pocos y los indios muchos, de los cuales quizá algunos de los españoles que de ántes habían venido por allí, experimentaron, que fué grande aquesta inhumanidad y crueldad, y que por tanto, jus-

tamente los españoles hicieron en ellos las crueldades y matanzas susodichas, etc.; pero los que tal sentencia dieron, acuérdense de reducir á la memoria el beneficio y benignidad de que los de la provincia de Cuyba usaron con Hojeda y con los que con él venían, y el bueno y humano hospedamiento, que al bachiller Auciso, y á su compañía el Cacique Comendador y sus gentes hicieron, y no menos á Sebastian de Campo, en el puerto de Xágua, donde perdió el navío y dejó cuatro españoles con las tres pipas de vino, y dén la vuelta con su consideración á los hechos que de los nuestros toda esta Historia cuenta, y entonces, si no quedare por ceguedad del entendimiento ó firmada malicia de la voluntad, yo no dudo sino que volvieren en lo contrario su parecer, y serán buenos jueces.

Tornando al propósito, no me pude acordar cuando esto escribía si les preguntamos, y de creer es que sí, en qué compañía ó debajo de qué Capitan ó dónde venían éstos con éstas mujeres; finalmente, lo que dello supimos llevádomelo há el olvido. Envióse una carta ó papel viejo al Cacique que tenía en su poder al español que arriba se dijo, que lo guardase muy bien, hasta que á su pueblo llegásemos, y así como de ántes lo había hecho lo hizo, y digo como de ántes lo había hecho, porque muchas veces otros Caciques y señores de otros pueblos, sus vecinos, le requerían muchas veces, dellas por bien, y dellas por amenazas que lo matase, ó se lo enviase que ellos lo matarian, y nunca quiso, ántes no lo dejaba salir de cabe sí, ni lo enviaba á parte alguna, tractándolo siempre como si fuera su hijo. Salieron, pues, de Caraháté ó de Casa, harta bien hartos de papagayos, como dije, los nuestros, por la mar en la flota de las canoas dicha, y por la tierra cuando les convenía, y llegaron á la provincia de la Habana, donde todos los pueblos vacíos, porque sabida la matanza que habían hecho en la provincia de Camagüey, no paraba hombre que á los montes no se fuese; envió el padre Casas sus cartas ó papeles viejos con algunos mensajeros á los señores de los pueblos, que viniesen á ver los cristianos seguros, y que no hobiesen miedo, como en todas partes donde allegaban hacia, y esto era lo que traía encomendado de Diego Velazquez, que gobernaba, y el capitan Narvaez también mandado, y en las cartas que le escribía le mandaba que no hiciese guerra ni mal á nadie, y que primero los indios ti-

rasen flechas ó varas que los españoles sacasen espada.

Vistos los papeles del Padre, los Caciques, con el crédito que del concebido habían, luego vinieron, creo que 18 ó 19, cada uno con su presente de comida de lo que tenían; venidos así sobre seguro y en confianza de lo que el Padre les había escrito, el capitan Narvaez, luego, hácelos prender con cadenas y grillos por buena venida, y otro día tractaba de que se pusiesen palos para quemarlos vivos. Sabido por el Padre, rescibió grande angustia, y dello por bien y lo ménos por blandura, y de ello y lo más por rigor, haciéndole muchas amenazas que Diego Velazquez y el Rey lo castigarían sobre obra tan infame, si tal cometía, más de miedo que de voluntad, si no me engaño, pasó aquel día y otro, y así se resfrió poco á poco de la crueldad que perpetrar quería, y al cabo los soltó á todos, salvo uno que era el mayor señor, según se decía; éste estuvo y anduvo en cadenas hasta que Diego Velazquez vino á juntarse con todos ellos, y lo soltó y puso en su libertad. Pasando adelante, de pueblo en pueblo, asegurando los indios que en ellos hallaban, fueron camino del pueblo donde sabían que estaba el cristiano, y como el señor del pueblo supo que los españoles á él se acercaban, salió al camino, creo que á obra de media legua, con cerca de 300 hombres, todos ó muchos de ellos de cuartos de tortuga recién pescada cargados, venían todos delante cantando, y el Cacique, señor del pueblo, que era un viejo de más de sesenta años, de buen gesto y alegre, que mostraba tener sanas entrañas, detrás con el cristiano de la mano. Topáronse los indios y cristianos en un monte, y así como llegaron los indios á los cristianos, pusieron los pedazos de tortuga en el suelo, todavía cantando, y luego sentáronse; llegó el Cacique al capitan Narvaez, y al Padre, y hecha su mesura presentánselos el cristiano por la mano, diciéndole, que aquel había tenido como á hijo, y que lo había él muy bien guardado, y que si por él no fuera, ya los otros Caciques le hubieran muerto y maltractado. El Capitan y el Padre lo rescibieron con grande alegría, y en señal de agradecimiento lo abrazaron y hicieron el cumplimiento que fué posible allí, de palabra; el español, ya casi no sabía hablar nuestra lengua, sino en la de los indios hablaba las más palabras; sentóse luego en el suelo como los indios, y hacia con la boca y con las ma-

nos todos los meneos que los indios acostumbraban, en lo cual no poca risa en los españoles causaba. Creo que se entendía del que había tres ó cuatro años que allí estaba; y después, algunos días andados, que de su lengua y nuestra materna se iba acordando, daba larga relacion de las cosas que por él habían pasado.

Andando por aquella provincia de la Habana, de pueblo en pueblo, los españoles, y pasando de la costa del Sur á la del Norte, como frecuentes veces llegaban, por ser la isla por allí muy angosta, que de 15 leguas no pasa, hallaron un día en la costa del Sur, donde agora está la villa de la Habana, ó por allí, un gran pan de cera amarilla dentro del arena, que pesaria como una arroba ó poco ménos, acaso; maravilláronse todos de dónde allí hobiese aportado, como hasta entónces no se hobiese por aquella mar navegado, sino los navíos que del Darien dos ó tres veces á aquella isla habían llegado, y parecia que no había razon de traer cera, como por entónces tuviesen otros cuidados. Nunca esto se determinó hasta que se descubrió Yucatan y la Nueva España, porque descubierta Yucatan, cuya primera tierra dista de la punta ó cabo occidental de Cuba 50 leguas y no más, la cual provincia es, ó era, de miel y cera muy abundante, y la mar de entre ambas á dos tierras es baja, debió ser que alguna canoa de indios mercaderes, que por toda aquella costa de Yucatan mercadeaban, con tormenta se debió de trastornar, y caída la cera en lo hondo, por tiempo, poco á poco, la mar debia de allegarla á la costa de Cuba, donde la hallaron; hallaron también por toda aquella costa del Norte de Cuba, por la Habana en especial, mucha pez que la misma mar sobre las peñas y ribera echaba, no sabían de dónde viniese, ó cómo la mar la criase, como en la verdad sea cierta especie de betúmen ó de pez, no de pinos, pero pez verdadera, ó que sirve de lo que la verdadera, hasta que después se pobló un pueblo de españoles en el puerto que nombraron del Príncipe, allí se halló, y la hay, mina ó fuente della que se saca á pedazos dura, y creo que, á las veces debe manar líquida ó derretida, por ventura, que el sol la derrite, porque la que se ve por la costa, más es algo líquida que dura ó espesa; mezclándola con mucho cebo ó aceite sirve de lo mismo que la pez de pinos y brea para los navíos.

## CAPITULO XXXII.

\* Juntase Diego Velazquez con Narvaez y las Casas en el puerto de Xágua después de haber hecho los repartimientos de los indios de Maycí y Bayatiquiri. — Descubrense ricas minas de oro. — De la estrecha amistad que tuvo las Casas con Pedro de la Renteria, varón de gran virtud, y del repartimiento de indios que á ambos hizo Velazquez. — Dase noticia de la fundacion de varias villas. — Velazquez envia á Narvaez á pacificar la provincia de Haniguanica.

Habiendo en este tiempo Diego Velazquez asentado los vecinos españoles que le pareció poner en la villa de Baracoá, repartiéndoles los indios de las provincias de Maycí, la última luenga, y de Bayatiquiri, la misma luenga, y no olvidando en el repartimiento á sí mismo y á su suegro el tesorero Cristóbal de Cuéllar, y á los que allí más quería, y todos ellos dándose prisa en buscar y sacar oro con los desnudos indios, determinó de venir á juntarse con el capitan Narvaez y el Padre y la demas gente, y ver la tierra de entre medias, y considerar los lugares donde convenia constituir ó asentar pueblos de españoles, para lo cual escribió que de la Habana se acercasen poco á poco hácia donde él venia, y parasen en el puerto Xágua, donde Sebastian de Campo había dejado los cuatro españoles con las tres pipas de vino, y así lo hicieron, y vinieron á esperalle al puerto de Xágua, donde dijimos arriba, en el libro II y en éste, los indios tener corrales de inmensidad de lizas, y haber grande abundancia de aves, y señaladamente perdices; había sin esto copia mucha de todo bastimento. Llegó al fin Diego Velazquez con algunos españoles por la tierra, y por la mar en canoas, al dicho puerto de Xágua, donde Narvaez y los demas estaban, y aposentáronse todos en la una isleta, de tres que tiene el puerto, donde había un buen pueblo de indios, en la cual estuviéron algunos meses todos, sirviéndoles los indios como á Dioses cuanto les era posible. En este tiempo envió á descubrir minas, por un rio arriba, grande y muy gracioso en su ribera, llamado Arimá, la penúltima luenga, que sale á la mar, media ó una legua fuera del puerto; hallaron muy ricas minas y de oro muy fino, como el de Cibao desta isla, y aún es harto más blando, y por esto creo que en más, de los plateros, tenido.